

LA CONMOCION ACTUAL EN ESPAÑA



Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)
SALAMANCA, octubre de 1920.

LOS recientes sucesos de Italia han acabado de abrumar a nuestros conservadores de lo ajeno. La burocracia española anda despavorida. El presidente del Consejo de Ministros del Reino, que es más bien hoy presidente del consejo de administración de los negocios de la real casa, dice que en todo el mundo los liberales están haciendo política conservadora. No cabe negar que se observa una cierta reacción burguesa y capitalista, pero también es indudable que son más bien los conservadores los que se aperiben a hacer política liberal. Y el caso de Italia es típico.

Nótase hoy aquí un pánico fatal; se teme que haya que buscar un día—asea pronto—quien haga aquí, en España, el papel que el viejo Giolitti está haciendo ahora en Italia. Porque la política de represión no ofrece perspectivas de resultado. Eso de "dar la batalla" no les va resultando a los batalladores del "accionismo" en derrota. Y llamamos "accionismo" a la política social de los accionistas, de los que no son más que accionistas, tenedores de valores públicos o de empresas, a los que viven del trabajo ajeno. La constitución social del país, la más íntima, está cambiando.

Cuando hace cuatro meses iba a empezar el verano auguraban aquí muchos grandes y graves trastornos en Andalucía y en otras regiones esencialmente agrarias de España cuando empezaron las labores de la siega y de la trilla. Los trastornos no han venido pero es porque los patrones, los terratenientes, los dueños de las tierras, están cediendo. El que puede las vende; hay quien las reparte, hay quien se resigna a que se la quiten. El proletariado rural se ha impuesto.

Hace pocos días viajábamos en compañía de un matrimonio joven, de labradores de Extremadura y la madre de ella, de la mujer. La buena suegra estaba indignada de las exigencias de los labriegos y jornaleros de campo. Y el joven, el verno, le decía: "y qué le vamos a hacer, señora"—en el campo se llama "mi señora" a la suegra—"no hay más remedio; las cosas vienen así; ahora les toca a ellos; hay que ceder". Lo que más le dolía al resignado labrador era que hasta un viejo criado de la casa, que llevaba en ella más de cuarenta años, se unía a los rebeldes. Y la suegra contaba entre indignada y consternada que en los descansos de la labor, cada vez más frecuentes, los campesinos se hacían leer periódicos en que se les decía que todo era de ellos. "Antes siquiera no iban más que a la taberna—clamaba—y no se envenenaban con esas lecturas".

Podríamos contar muchísimos casos típicos. Vaya uno. Un fabricante catalán tenía un viejo servidor a quien quería jubilarle y decidió darle dos pesetas diarias, y para que ello no pareciese una limosna le asignó en la fábrica un puesto perfectamente inútil, en que nada tenía que hacer sino como que vigilaba algo; una especie de portería supletoria. Al punto acudieron a él los obreros de la fá-

brica exigiéndole que se sindicara y como él se negara alegando que allí no estaba sino de favor y como jubilado, el amo le pidió que para evitar disensiones se retirase, dejando de ir a la fábrica y que seguiría pagándole su pensión y aun acrecentada. Hizose así y a los pocos días los obreros se presentaron al patrono a comunicarle que habían ya designado sucesor al sujeto aquel, que era otro anciano, inútil para el trabajo, a quien habría de dar el sueldo mismo que al otro daba por hacer lo que éste había hecho, es decir, por no hacer nada. Y hubo que transigir.

Sin ruido, sin aparato, sin las conmociones públicas de Italia, aquí, en España, los obreros se están prácticamente apoderando de no pocas fábricas e interviniendo en ellas. Y llegará día en que extendiéndose este régimen de hecho habrá que buscar un derecho que lo sancione.

A todo esto aun hay insensatos que se empeñan en dar lo que llaman la batalla. Los ensayos de "lock-out" han sido escaramuzones de ello. Y la mayor locura, la locura suprema, ha sido la de querer declarar ilegales los sindicatos y la de cerrar sus domicilios sociales. Y como si fuese poco declarar, en una circular del fiscal del Tribunal Supremo—un lacayo más bien que del Poder Ejecutivo, del poder moderador, o sea del rey—que es delito de estafa el pedir cotizaciones de los sindicatos. Lo que le ha obligado a ese criado del poder supremo a dimitir su cargo de vicepresidente del Instituto de Reformas Sociales.

Y en tanto el terrorismo esparce su barbarie. Los atentados, ya contra patrones, ya contra obreros, se multiplican. Todo a favor de una policía inepta y corrompida. Corrompida por los oficios y menesteres en que se le ha ocupado, de proteger el juego prohibido por la ley pero tolerado y aun explotado por las autoridades, y corrompida durante la guerra en proteger el espionaje alemán.

Lo del juego ha tomado unas proporciones aterradoras. Es una epidemia que cada vez hace más estragos y que, ¡claro está! fomenta la holgazanería y la estupidez. Juegan ya aquí todos, desde el más bajo al más

alto en categoría. Y el ejemplo viene de lo más alto. En todas partes se oye decir cómo en las más altas esferas del poder se juega con el crédito público. El anuncio de que se iba a autorizar por real decreto, sin ley del Parlamento, el aumento de tarifas ferroviarias, hizo que subieran en cuatro días las acciones de compañías ferroviarias, lo que permitió jugadas de Bolsa. En el Mediodía de Francia se habla ya, cuando se trata de cosas de España, del "Financier".

Por otra parte, los socialistas y los sindicalistas, divididos hasta hace poco, acaban de unirse. ¿Será para que estos segundos, los sindicalistas, acepten la lucha política en el terreno en que la tienen entablada aquéllos y lleven representantes del proletariado a los municipios, a las diputaciones provinciales y a las cortes? Porque hasta hoy era lema del sindicalismo revolucionario lo de: "¡obrerros, no votéis!". Lo que no impedía que los obreros de esos sindicatos votaran muchas veces, pero no como tales sindicalistas, sino al mejor postor, al que mejor les pagase el voto, prefiriendo, no sabemos bien por qué, al más reaccionario.

A pesar de todo lo cual las próximas elecciones generales de diputados a cortes, cuando se celebren en España, serán poco más o menos como han sido las anteriores todas. En los distritos mismos rurales en que la lucha social agraria es más viva, saldrá un cualquiera, que no representará nada. Y es que se perca el pueblo de que no es el Parlamento el que legisla, y está dispuesto a tomarse la justicia por su mano. El descrédito del parlamentarismo es absoluto.

Los partidos políticos se disuelven. Y no se forman otros que los substituyan. Y es que está en crisis la política misma y el sentimiento del Estado y el de patria en que aquélla arraiga. El hombre civil desaparece ante el hombre económico. Y es de

temer que con ello perezca la civilización, con grave detrimento para la economía. No se buscan ya fórmulas jurídicas sino transacciones de fuerza.

Agréguese que la guerra ha traído la subversión de los más tradicionales principios de moral pública. A los que mataron e incendiaron y saquearon y arrasaron por disciplina militar no se les puede predicar hoy que no es lícito matar, incendiar, saquear y arrasar. "¡Es la guerra!"—se decía entonces, y ahora repiten: "¡es la guerra!". Sin que sirva aducir que entonces era en defensa de la patria.

Cierto es que España no entró en la guerra, pero ha sido espectadora de ella, y la epilepsia colectiva que ha agitado a Europa ha llegado hasta aquí. Los ensueños de un nuevo milenario encienden también el corazón de nuestro pueblo. En los más apartados rincones de nuestra península se oye hablar de Lenin y de Trozky y ahora de lo que está pasando en Italia.

Y esto es más grave que una revolución preparada, organizada y dispuesta de antemano. Si mañana la clase obrera se adueñase en España del poder no sabría qué hacer desde él. Bien es cierto que tampoco saben lo que hacen los que hoy lo ocupan. Se va perdiendo tiempo, que es a lo que llaman ganario.

Y menos mal que la emigración aumenta. Ahora se va la gente a los Estados Unidos de la América del Norte y a Cuba. Y esta sangría suelta en las actuales circunstancias la estimamos un bien. Por qué lo creemos así ya lo diremos otra vez.

